



EDITORIAL

Anunciemos el Evangelio

Colectivos humanos significativos en la sociedad –políticos, jueces, policías, comunicadores sociales, médicos, educadores– se sienten hoy fuertemente desafiados ante la demanda de una enorme dosis de coherencia con la propia vocación de servicio. También nosotros, religiosos y religiosas, posicionados como tales en el mundo actual, nos enfrentamos en el día a día al reto de vivir más coherentemente nuestra vocación de vida consagrada.

Un desafío no solo resuena, también remueve aguas estancadas saneándolas y moviliza las propias reservas, las mejores, llegando a configurar respuestas vivenciales. Y, sin embargo, ante desafíos de envergadura también podemos seguir refugiados en nuestros templos artísticos y perfumados de incienso, siendo impermeables a la realidad como voluntad de Dios escrita en la vida, y dejando que los desafíos nos resbalen.

La demanda de coherencia a la vida religiosa es oportunidad que se nos ofrece, impulso a poner en marcha potencialidades y recursos infrautilizados, a desbloquear dinamismos que llevamos frenados, a sacudir situaciones y actitudes de instalación y mediocridad. Es la propia identidad lo que está en juego. Cada uno podría preguntarse si el apelativo de “religioso” supone el nombre propio que lo define, o es solo un adjetivo que califica una parte de la propia existencia, un cuarto o quinto apellido, al lado de otros.

En el Evangelio nos encontramos con la experiencia del precursor. Juan viene con lo puesto y enseña a repartir, echa en el agua los pecados y hace concebir esperanzas, seduce y perturba... Se le pide el carné de identidad: ¿Tú, quién eres? Y al Bautista le resulta difícil dar respuesta. No es fácil definirse. Uno se define mejor por lo que no es que por

aquello que es. Juan se define más por su misión y por su relación con el que espera. El, más que una realidad en sí, es una relación.

También el religioso o la religiosa es un latido del corazón de aquel a quien sigue, alguien que quiere hacer presente el amor del amigo. Es una persona que quiere amar con la fuerza del corazón de Dios: bajarse hacia el caído y ofrecerle la mano, acercarse al diferente y dialogar para encontrarse, volcarse hacia el que sufre y facilitarle la medicina de la relación, llegar hasta el marginado y compartir sus carencias, luchas y esperanzas. Religiosa, religioso... partícula actualizada del amor solidario del Maestro.

Como consagrados, nuestra identidad está en la relación con aquel en quien creemos. No nos identificamos por lo que hacemos, por la fachada que presentamos. Uno es lo que cree, lo que espera, lo que adora, lo que sigue. Se define más por sus ideales que por sus materialidades. Los ideales configuran nuestra identidad. Somos ungidos, consagrados, enviados, para prolongar los pasos del que ya ha venido. Es nuestra misión. Es el tema del número de la revista que tienes en tus manos.

La vida consagrada busca su identidad a través de su misión en comunidad. La comunidad religiosa ha sido constituida no para la misión, sino por la misión. La misión responde al por qué de ese tipo de vida. Se trata de la orientación de la propia existencia hacia fuera, el mundo, desde la Buena Noticia del Reino de Dios. Nuestra misión es construir el Reino en la ciudad. El Reino es el destino; la ciudad, el camino.

El ser de la Iglesia se arraiga en la irradiación de la vida de fe. Es su misión. Lo que define nuestra vida en la Iglesia. El Espíritu nos va haciendo despertar a la gracia de la misión, y la misión como diálogo. Aparecida, con su dinamismo misionero, es el plan de ruta de la Iglesia en el Continente. Y efectivamente está desencadenando dinamisismos creativos en la vida consagrada.

Hoy apelamos a un nuevo paradigma de misión que nos invita a abrir paso donde las relaciones humanas se conviertan en protagonista, porque donde no hay encuentro no hay vida. La vida si no es encuentro, es frontera; si no es apuesta compartida, es peaje de amargura: si no se llena de nombres y de sensaciones a flor de piel, es estatua de mármol. Ser misionero es ser un contemplativo, alguien que cree en la presencia de la Trinidad en toda la historia, y en todos los seres humanos, por muy diferentes que sean. "El Verbo ilumina a todo hombre que viene a este mundo" (Jn 1, 9). No podemos achicarle al Espíritu los horizontes de la diversidad. Cuanto más estrechemos nuestro horizonte, más se nos erizarán nuestras diferencias.

Lo que dificulta la comunión no es la diversidad, sino nuestra afeción a la propia versión. No es posible la misión apelando a ortodoxias, sino desde el diálogo, el encuentro con el diferente en la escucha mutua y paciente. Desgraciadamente, dialogar no es el verbo que mejor sabemos conjugar en la Iglesia. Instalados en la certeza de nuestras verdades y presupuestos, ¿por qué van a entendernos los diferentes si no los entendemos a ellos? El diálogo nos cambia; nos ayuda a no encerrarnos en nuestros posicionamientos; nos permite el encuentro. El misionero misiona en la medida en que es misionado, saliendo de posturas existenciales que llevan a pensar: “Si tienes ideas diferentes a las mías, tienen que ser equivocadas, puesto que las mías son verdaderas”.

La misión implica comprender, poner en práctica la capacidad de movernos fuera de los esquemas que tenemos. La misión es servicio en diálogo humilde. Exige escucha, respeto, conocimiento, aceptación... sin reducir el diálogo a métodos, ejercicios, fórmulas, de modo que la vida regular sustituya a la vida espiritual. La fe siempre llega por la Palabra, y la Palabra es diálogo: él y tú. La misión como diálogo nos lleva a oírnos más y juzgarnos menos, a sentirnos menos atacados y más interpelados, conscientes de que “no nos anunciamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo el Señor; declarándonos servidores de ustedes, por amor a Jesús” (2 Cor 4, 5).

